

CARTA PASTORAL

DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR

BERNARDO HERRERA RESTREPO,

ARZOBISPO DE BOGOTA,

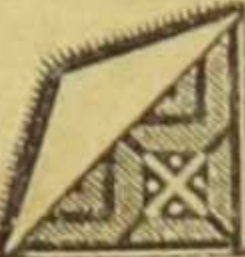
CON OCASIÓN

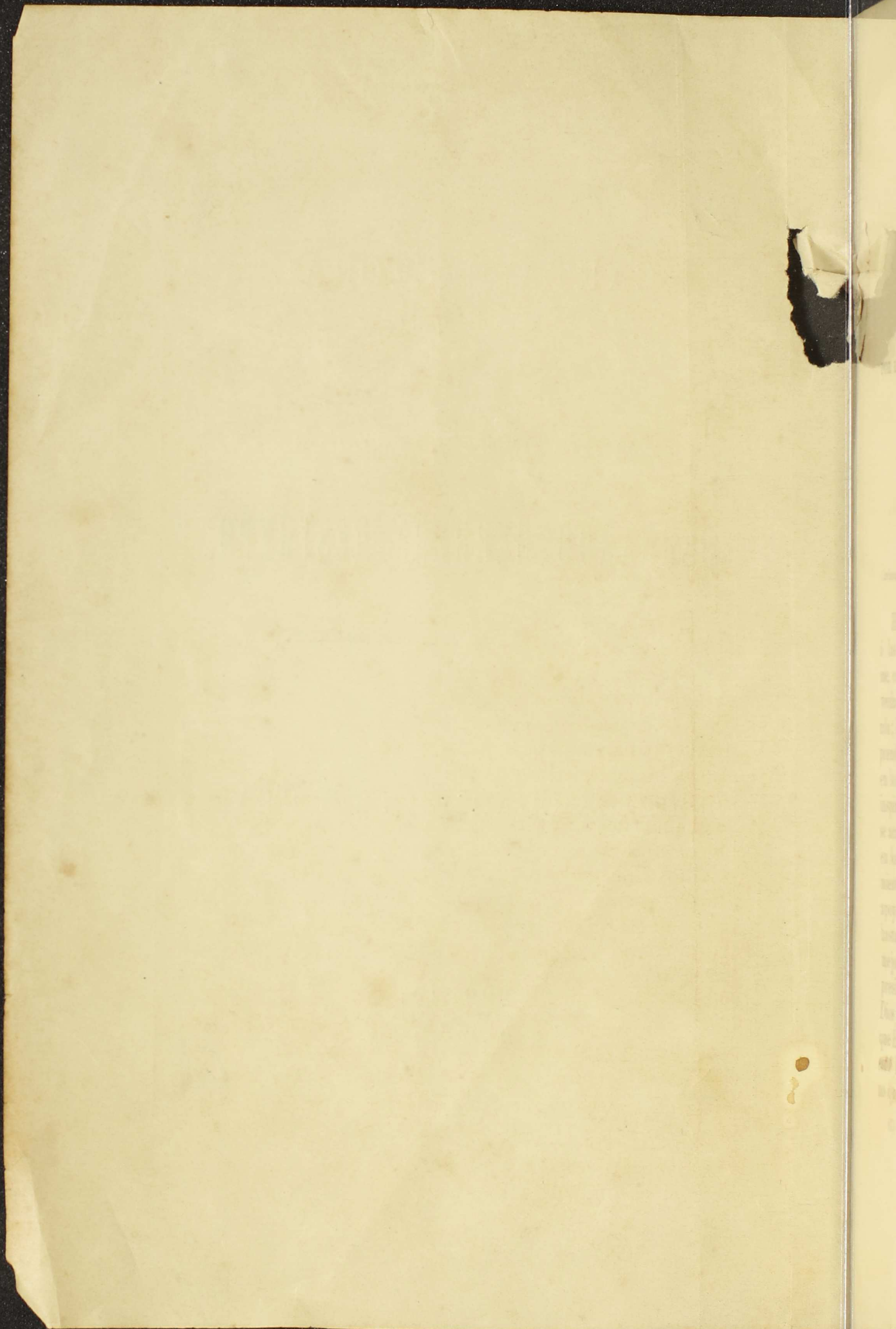
DE LA CUARESMA DE 1893.

BOGOTA.

IMPRESA DE ANTONIO MARIA SILVESTRE.

Director, Tomás Galarza.





NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,

ARZOBISPO DE BOGOTA,

AL VENERABLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y Á TODOS
LOS FIELES DE NUESTRA ARQUIDIÓCESIS.

SALUD Y BENDICION EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Carísimos hermanos.

Hay en el orden sobrenatural una virtud superior á las demás, la santa Caridad. La Fe, dón sublime, con el cual penetramos en las regiones de la verdad inaccesible á las fuerzas de nuestra flaca razón; la Esperanza, con la cual nuestra alma se desprende generosamente de la tierra y fija las miradas en los bienes eternos; todo es nada cuando no está inspirado por la Caridad. Ha de llegar el día en que se acaben las miserias del hombre; y en que éste deje en los umbrales de la verdadera Patria los conocimientos limitados que le servían como guía y como apoyo en esta vida. Pero la Caridad lo acompañará hasta la eternidad, porque es algo de Dios mismo, ó mejor dicho, porque ella es Dios mismo, según la expresión del Apóstol San Juan: (1) es Caridad. Si Dios es el orden, si es la perfección soberana, es porque Él es así mismo el amor por excelencia. *Charitas est!* Esta Caridad brota de su seno como un río divino que se derrama sobre la creación entera; es, en

(1) Joann IV, 8.

suma, el lazo que debe animar y unir á los hombres.

Hoy, quizá como nunca, diversas escuelas se esfuerzan por determinar cuál sea el verdadero fundamento en que han de descansar las sociedades para que reine el orden y la paz, y para que los individuos vivan tranquilos y felices, en el goce de los bienes de la tierra y en el fecundo desenvolvimiento de las facultades que les ha concedido la Divina Providencia. Empeño inoficioso es éste, carísimos hermanos, desde que sabemos que *no hay salvación en otro alguno que en Jesucristo; pues no se ha dado á los hombres otro nombre bajo del cielo por el cual debemos salvarnos.* (1) Es, por lo mismo, impío y absurdo buscar, con el apoyo de falsas teorías, la dicha del hombre y de la familia y de la sociedad, en otra fuente que no sea la Caridad, la cual es principio de todo cuanto es bello, amable, santo y divino en este mundo.

Enunciadas ya estas consideraciones generales, que no requieren demostración, nos proponemos en esta vez, aplicarlas á la familia; estudiando con vosotros cómo la Caridad que Jesucristo vino á revelar con su ejemplo y con su doctrina, ha contribuído á la constitución de la familia y á su desarrollo y conservación,

La familia, tal como ella es y debe ser, no existe sino en el seno del Cristianismo. Para comprobarlo conviene que hagamos algunas consideraciones previas, y tratemos de comprender qué es una sociedad cualquiera. Esta no se forma tan sólo por el hecho de hallarse reunidos, por acaso y en un mismo lugar, determinado número de individuos. La unión ordenada de seres racionales no se puede concebir sino basada en un principio activo que la mantiene y la constituye, que liga las almas entre sí, las hace vivir con una misma vida, les infunde una paternidad misteriosa y una personalidad moral que da á las palabras patria, ho-

(1) Act. IV, 12.

gar, atractivo incomparable, poder mágico que conmueve el corazón; da valor hasta para sacrificar la vida en caso necesario. Por eso no basta la fuerza para dar vida á la sociedad. Aquélla domina los cuerpos, aterroriza los caracteres débiles, hace esclavos y nada más; aun cuando no falten ejemplos de hijos que aprendieron de sus padres á despreciar la fuerza, y resistir de frente á los tiranos que en ésa se sustentan. Ni es suficiente tampoco la natural simpatía que nace como de repente por causa de cualidades exteriores que de alguna manera atraen y cautivan; y no raras veces engendran la supremacía de los sentidos sobre la razón, conducen á faltas lamentables que traen en pos de sí vergüenza y remordimientos. Ni puede bastar, finalmente, para constituir sociedad, el amor de los propios intereses de cada uno, el egoísmo, que mata todo espíritu de abnegación y de sacrificio.

Un solo principio hay que pueda servir de fundamento á la sociedad y á la familia; porque la familia es la sociedad en su más sencilla y esencial expresión; es la Caridad, entendida en su sentido verdaderamente genuino, y santo por consiguiente. Y en efecto, en el seno de la familia se desarrolla el corazón del niño que ha de llegar á ser hombre; y así como la flor necesita del sol para abrir su cáliz, así mismo las cualidades que han de ennoblecer el corazón no nacerán, ni se desarrollarán sino al influjo del primer amor santo que hay en el mundo: el amor de la familia.

Ahora os preguntamos, amados hijos nuestros, ¿cuál era el vínculo que unía á la familia antes de Jesucristo? ¿Hallaréis entre las almas de las pasadas generaciones esos sentimientos de amor de la familia, que son los más dulces y también los más imperiosos para nuestro corazón? Cuántas veces vuestra alma se siente herida por el mundo; cuando estáis fatigados ó tristes por causas ajenas de vuestra voluntad, todos

vosotros retrocedéis en cierto modo, pensáis en vuestra familia y os decís: allí encontraremos consuelo positivo; y sentís paz y contento, siquiera sea pensando en el hogar tranquilo y apacible en donde podreis hallar remedio á vuestros males, manos amigas que enjuguen vuestras lágrimas, reanimen vuestro valor. Nada semejante á ésto podéis descubrir antes de Jesucristo. La madre era esclava, lo mismo que el hijo; el esposo y el padre se ocultaban por completo para no dejar aparecer más que al amo severo é implacable. La poligamia sembraba en el hogar odios y discordias; el divorcio dejaba al más fuerte libertad para desatar un lazo que el amor no formara. Y esto que acabamos de indicar está confirmado, carísimos hermanos, por lo que pasa hoy allí en donde Jesucristo es desconocido por completo, como sucede en la China, por ejemplo, y en los países mahometanos; ó en donde por una inexplicable aberración se quiere desterrar al mismo Divino Salvador, y se pretende hacer caso omiso de las leyes y prácticas del Cristianismo, en el gobierno y dirección de la familia.

Acaso vosotros, carísimos hermanos, no habéis meditado en las relaciones que unen á la familia con Dios. Él hizo al hombre á su imagen y semejanza, de manera que lo que hay en Dios se halla en cierto grado en el hombre; su ley es nuestra ley, y aun podemos decir que de algún modo no tenemos otras obligaciones que las que á Él mismo le impone su santidad infinita. ¿Por qué razón debemos ser santos? La Escritura Sagrada nos lo dice: “porque es Santo nuestro Dios y Señor.”

Si, pues, tenemos la imagen y semejanza de Dios en todo nuestro sér, tenemos motivo para pensar que las relaciones que nos ligan con nuestros prójimos en general, las que constituyen la familia en particular, han de tener por modelo aquello que pudiéramos apellidar la familia divina. Así nos lo enseña la

fe. Cuando vosotros decís, “en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo,” la Religión os hace enunciar el misterio más augusto, el principio y fin de todas las cosas, de Dios, del hombre y del universo. Las tres personas divinas son las que componen esa familia, divina también. Su ley es la santidad, y el amor es el vínculo que los liga y que los ligará mañana, como ayer, y por toda la eternidad.

Aquí tenéis ya, muy amados hermanos nuestros, el modelo de una verdadera familia; así no los enseñó Jesucristo, cuando vino á predicar la santidad y la unidad indisoluble de la familia cristiana. El sensualismo pagano, las pasiones humanas no veían en la familia sino lo que satisfacía las aspiraciones terrenas del hombre; Jesucristo la ennobleció elevándola hasta la santidad. Ah! No vayáis á profanar lo que el Redentor santifica. No vayáis á manchar una unión que la Religión bendice y consagra. Ella conduce por la mano á dos almas al pie de los altares; allí recibe sus juramentos, y una vez que de su boca salen las palabras que los significan, se cumple entonces un misterio al pie del tabernáculo: se confiere un sacramento que da gracias y fuerzas para la vida eterna. Comprended bien lo que esto da á entender; que el cielo se abre, y la familia divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, deja caer algo como una emanación de su vida y de su amor. El mundo se fija sólo en lo que aparece; felicita á los nuevos viajeros que emprenden juntos el áspero camino de la vida; mas la Religión los contempla con respeto y con maternal solicitud. Las alegrías presentes son efímeras, les dice, los senderos son escarpados, y grave para soportar es el peso del día y del calor; pero Jesucristo ha infundido en vuestra alma un sentimiento más fuerte que todos los dolores y amarguras. Este os sostendrá al través de todas las borrascas, con tal que lo conservéis puro y santo, y que

vengáis á purificarlo á menudo en su fuente divina, al pie de los altares. Ese amor que baja del cielo á la tierra, es el lazo espiritual y sagrado, es el símbolo augusto de la unión de Cristo con su Iglesia, y por lo mismo es beneficio y prodigio obrado únicamente por el Cristianismo. Ah ! os preguntaremos ahora. ¿ Cómo es posible que el mundo profane lo que es santo como Dios ? ¿ por qué lo que ha de durar siempre fresco y lozano se marchita tan pronto ? ¿ por qué tantos en el mundo se lamentan de que pronto se desvanecieron como sueño sus primeras esperanzas de dicha y de ventura ? La razón es clara, porque vosotros no comprendísteis la grandeza y santidad de vuestra acción ; porque no preparásteis vuestra alma para recibir la gracia que Dios os tenía aparejada. Porque en vez de elevaros hasta las excelsas y serenas regiones de la fe, en donde nos es dado cómo respirar los perfumes del cielo, vosotros os dejásteis apegar á la tierra ; y la gracia divina en vez de caer en un corazón puro, ansioso de amor eterno, cayó en una alma preocupada tan sólo de los placeres de la vida presente.

El primer beneficio del Cristianismo relativamente á la familia, consiste en que proclamó la unidad y la santidad del matrimonio. De aquí se desprende otro beneficio no menos trascendental. Ese vínculo que por ser necesario para la constitución de la familia, fue elevado á la dignidad de Sacramento, y por lo mismo fué santificado, debía durar siempre como para tener una nueva semejanza con la unión de las divinas Personas. El Cristianismo sabía que lo que penetra y domina lo íntimo del alma no ha de estar sujeto á mudanzas : que el amor puro y santo, más fuerte que el tiempo, aunque comienza en medio de las lágrimas de la tierra, ha de perfeccionarse en las alegrías de la verdadera patria. Eso es lo que la Iglesia quiere para los que se unen con el vínculo sagrado del matrimonio, así como para defender los

derechos de la familia, la Iglesia no cesó nunca de condenar todo intento de que sea desatado por el hombre lo que el mismo Dios unió para siempre.

Por desgracia, carísimos hermanos, no faltan enemigos de las enseñanzas cristianas, que se empeñan en destruir el bello ideal de la familia como Dios lo instituyó; y profanan, sobre todo en las novelas inmorales unas, absurdas otras, el bello y santo tipo de que os hemos hablado. Por fortuna no son todavía raros entre nosotros los ejemplos que comprueban la existencia real de familias nobles y santas. Pero sigamos examinando someramente el influjo de la Religión sobre la familia, contemplando separadamente á los individuos que la forman: el padre, la madre, el hijo.

¿Qué sois vosotros, oh padres de familia? Vosotros representáis en la tierra á Aquél que es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en los cielos y en la tierra; (1) sois depositarios de la autoridad de Dios, á quien todos los seres racionales dan cada día el nombre de Padre: *in quo clamamus, Pater*. (2)

Ese niño, dulce y débil criatura, en cuyas facciones os veis retratado, es una alma rescatada con la sangre de Jesucristo. La Religión alzó la mano sobre esa frente marcada con el sello del pecado original, la purificó, y luégo la puso en vuestras manos, confiándoos una grande y noble misión: la de velar por el desarrollo de la razón y de la inteligencia de vuestro hijo. A otra persona encargará de la vigilancia sobre su corazón: ella lo hará producir los primeros latidos y emociones, enjugará las primeras lágrimas, así como tratará con amor de conservar intacta la primera vestidura de inocencia. Vos, oh padre, tenéis el deber de defender á vuestro hijo contra los

(1) Ephes, III, 15.

(2) Rom, VIII, 15.

peligros del error. Cuando más tarde, ya con uso de razón, comience á interrogarse á sí mismo ; cuando movido por la sed de conocer y de saber, él trate de penetrar en el campo difícil de la verdad ; vos, oh padre, habéis de mirar por aquél hijo de continuo, y el pensamiento del bien de vuestro hijo os ha de acompañar de día, como de noche. Esa inteligencia ahora tierna y fácil de dirigir será lo que vos la hagais, ó lo que permitais la hagan aquéllos á quienes se la confíeis. Así si llegare el día en que vuestro hijo, privado de vuestro apoyo, ó por vuestro culpable abandono, perdiere la fe, Dios hará recaer sobre vos toda la responsabilidad, y un día en su augustó é inapelable tribunal, se os pedirá cuenta rigurosa de la sangre de vuestro hijo. Por desgracia no son pocos los padres de familia que descuidan sus deberes. Dominados por el deseo de adquirir para sus hijos bienes de fortuna ; rebeldes á todo yugo que les impida llevar vida cómoda y libre ; incapaces de llenar su misión sagrada, porque no cuidan de estudiarla y comprenderla, ó lo que es más doloroso todavía, con el juicio y la conciencia falseados por una mala educación y por erróneas y perversos principios que á ellos se les inculcaron, esos padres de familia no piensan, como debieran, en la instrucción de sus hijos. De aquí que aquéllos hablan con suma libertad delante de quienes hasta en sentir de los paganos son “ acreedores á grandísimo respeto y reverencia ; ” y como para el niño lo que el padre dice es casi un axioma, resulta que éste recibe enseñanzas falsas, y se arraigan en su entendimiento opiniones funestas, que andando los tiempos, producirán sus efectos y harán del que pudo ser hombre útil, un mal ciudadano, soldado de malas causas, ó un miembro corrompido de la sociedad y de la familia. De aquí también el que muchos padres de familia entreguen á sus hijos, á maestros indignos del ministerio de la educa-

ción, quienes consultando sus intereses y pasiones siembran el error en vez de la verdad, y con ejemplos ya de perversidad, ya de desprecio, ya de indiferencia por todo lo santo y bueno, dejan al niño y luego al adolescente sin más guía que sus inclinaciones, y sin otro freno que una voluntad, ó débil en extremo, ó rebelde á toda autoridad. Esto que os estamos diciendo, se os ha dicho muchas veces ; y la Santa Iglesia nos manda que os lo repitamos cada día, para libraros á vosotros del terrible anatema que Jesucristo, nuestro bueno y amoroso Pastor, dejó brotar de sus labios cuando dijo :—“ *Si alguno sirve de escándalo á uno de estos que creen en mí, le estaría mejor que le atasen al cuello una piedra de molino, y le echasen al fondo del mar.* (1)

Por todas partes oímos que se acusa á la Iglesia de que quiere adueñarse de las almas, de que intenta apoderarse de la educación. Eso sería, á la verdad, motivo de acusación, si guiaran á la Iglesia motivos humanos ; si pretendiera con eso ensanchar su dominio en asuntos de política temporal ; si intentara enriquecerse y buscara en la educación medios de lucro. Si eso es así, oponeos enhorabuena á la ambición de la Iglesia. Pero si ésta reclama que no se arranque ni se amenace la fe de los niños, si lo que exige es que los niños católicos no se confíen á maestros que, ó son protestantes, ó incrédulos, ó aparentan observar en materias religiosas una neutralidad que equivale en la práctica á la irreligión ; entonces la Iglesia no reclama más que un derecho y cumple con un sagrado deber. Si, por eso se la ultraja y se la acusa, no importa : la Iglesia continuará reclamando la libertad de las almas, la inviolabilidad de la familia, el reposo para el porvenir ; bienes que se conseguirán dando á la juventud maestros sinceramente católicos, celosos por la moral y la virtud,

(1) Matth. XVIII 6.

ejemplares en su conducta pública y en su vida privada.

Empero, carísimos hermanos nuestros, la madre de familia, los sentimientos que ella inculca á sus hijos, ved ahí lo que más da á conocer el influjo de la Religión en el seno del hogar doméstico. Acaso Dios nada ha criado más grande ni más hermoso que el corazón de una madre cristiana ; pues ésta es la más viva y enérgica representación de lo que se llama piedad, ternura, misericordia y amor. Ahora bien, la religión, y sólo ella, puede desarrollar, conservar y elevar cual conviene esas cualidades en el corazón de una madre. Mirad si no lo que acontece con una madre que no sea cristiana. Ella ama á su hijo, y con amor exclusivo, aunque muy mal entendido ; puesto que lo lleva hasta cerrar los ojos y no ver las pasiones violentas que se revelan en el niño y aparecen en el joven. Lo que ella ama es el fruto de sus entrañas, es el cuerpo, y no el alma. Por eso, sin comprender la misión sublime de madre, la de comunicar á su hijo la vida espiritual, no le ha enseñado desde su regazo á alzar los ojos á lo alto, á invocar á Dios, por vez primera, como lanzando un suspiro que llega al Cielo y atrae bendiciones que no raras veces deciden del porvenir. Esa madre ha dado acaso el alimento al cuerpo ; pero no ha sabido acompañarlo con el alimento del alma, que le tocaba dar á su hijo entre lágrimas de ternura y manifestaciones de amor. En cambio, ¡ cuántas tristezas se apareja para lo venidero esa pobre madre ! ¡ Cuán amargas lágrimas ha de derramar cuando el hijo hecho hombre se convierta en el tormento de la familia, y venga á ser el baldón de quienes hasta entonces eran honrados y estimados ! ¡ Cuántas veces el corazón desolado de la madre buscará en vano consuelo á su dolor ! ¡ En dónde podrá hallarlo quien no supo buscar á Dios, quien no procuró dar á Dios como herencia inmortal para sus hijos ?

¿Y qué diremos de la madre verdaderamente cristiana, y de su influencia sobre la sociedad y la familia? Es principio admitido por los moralistas más célebres que el hombre, en la parte moral y superior de su sér, recibe las primeras impresiones que lo han de formar en el regazo de su madre; el germen de bien ó de mal que ella siembra se irá desarrollando, y llegará á dar frutos sazonados, á no ser que se interponga alguna fuerza excepcional. Si la madre pone sus conatos en gravar profundamente en la frente de su hijo la señal de la cruz, dice un escritor moderno, es casi seguro que la mano del vicio no la podrá borrar por completo. No son pocos los jóvenes, es cierto, que crecieron rodeados por su madre de las más exquisitas precauciones, y á pesar de ello, haciéndose infieles á la fe de sus primeros años, se dejaron contaminar por la atmósfera corruptora del mundo, y ahora ultrajan con palabras y con obras la religión que santificó los primeros movimientos de su alma. Y con todo, cuando pasado ya el ardor de las primeras pasiones, aquellos jóvenes sientan dentro de sí un principio indestructible que tiende como á despertarse de repente, retornarán por evitar los remordimientos al abandonado camino de la virtud y de la religión. La fe no está muerta en esas almas, no lo creais; es casi imposible arrancar de cuajo un árbol plantado en tierra virgen, iluminado por el sol de la verdad, y circundado de una atmósfera de religión que penetra, aun sin que se quiera ni se permita, por todas partes. Es ésa la razón por la cual, carísimos hermanos, nos es por lo menos muy difícil creer en la sinceridad de convicciones de aquéllos que entre nosotros le han vuelto teórica ó prácticamente la espalda á las creencias en que fueron bautizados, para dejarse arrastrar al protestantismo, que busca prosélitos entre los más pobres y los menos instruídos; ó para seguir la corriente de increduli-

dad, de racionalismo, y hasta de ateísmo que en la época presente se ha vuelto de moda propagar y sostener entre los hombres de estudio en nombre de la ciencia que todo lo penetra, y que pretende, aunque en vano, suplantar el orden sobrenatural y aniquilar el imperio de la fe en las inteligencias.

¡ Oh, madres cristianas ! la historia de las generaciones pasadas está llena de vuestras obras. Hasta tanto que vosotras seais lo que debéis, y entre los abrazos y cariños inculquéis á vuestros hijos el conocimiento y el amor de Dios, el respeto á las enseñanzas de la Iglesia, nada podrán los adversarios ni con sus sofismas ni con sus ataques contra la fe que vosotras hayais cimentado sólidamente. Por eso mismo se trabaja en que la mujer, la madre de familia, se aparte de la religión ; mas los esfuerzos hechos no han producido el efecto que se esperaba, merced á la gracia del Señor, que cae en abundancia sobre los corazones. Esperamos que ésta continuará obrando saludables efectos sobre las madres y sobre los demás miembros de la familia cristiana.

Tres cosas es fácil ya deducir que se requieren para la existencia y la prosperidad de la familia, á saber : la autoridad, el espíritu de sacrificio, la sumisión ó la obediencia. Estos tres elementos son los que Dios dará siempre á la familia cristiana.

La autoridad debe residir en el padre de familia.

Por eso ; oh, vosotros padres de familia ! tratad de comprender el alcance y la medida de vuestros deberes. Ved cómo es la autoridad de Dios en el mundo : ella es sabia, moderada y buena. Ved la autoridad de Jesucristo sobre su Iglesia ; ella está basada en abnegación y el sacrificio, y se ejercita con actos de justicia y de amor. Así es como ha podido triunfar de todas las dificultades. La autoridad de que un padre de familia está investido, es participación de la autoridad misma de Jesucristo. Por tanto,

no la contempléis vosotros desde un punto de vista meramente terreno, no la ejercitéis según los dictados de las pasiones ó las inspiraciones del orgullo. No olvidéis que esa autoridad supone en vosotros y exige con imperio que estéis animados de espíritu de celo y de inmolación en provecho de la familia. La potestad que habéis recibido empleadla en servicio de la verdad, de la justicia y de la virtud. De ese modo conseguiréis arraigar en el corazón de los que os rodean sentimientos sinceros, de respeto y de acatamiento y trabajaréis gloriosamente en unión con Jesucristo por la bienandanza de la familia y de la sociedad.

El espíritu de abnegación y de sacrificio que tanto se necesita en el seno de la familia, ya comprendéis vosotros, carísimos hermanos, que está personificado en la madre de familia, á quien toca sobrellevar en el silencio y el retiro todos los dolores del cuerpo y del alma, las angustias por la vida de sus hijos, los pesares por sus faltas ó sus errores.

Leemos en las Sagradas Letras, que Dios en el Paraíso maldijo á la serpiente seductora, declarando, al mismo tiempo, que una mujer le quebrantaría la cabeza. (1) Esa profecía consoladora se cumplió ya; pero además podemos decir que fuera del vaticinio hay en esas palabras como una indicación de lo que la mujer, rehabilitada por el Cristianismo, ha de ejecutar contra el genio del mal, contra el ángel de las tinieblas, ya sea cuando esposa y madre por naturaleza, se consume y se sacrifica en el secreto del hogar por la educación de sus hijos; ya sea también cuando virgen y ligada por votos solemnes, hace veces de madre, en la cabecera del moribundo, en la choza del pobre y del desamparado.

Sin espíritu de sumisión no puede haber familia. Los hijos de familia están obligados á ser dóciles y

(1) Genes. III, 15.

sumisos á la autoridad de sus padres, no sólo por temor del castigo, sino por conciencia. Esa virtud de la obediencia, tan necesaria cuanto difícil y rara en nuestros días, no se puede conseguir sino bajo el influjo de las enseñanzas cristianas que toman al niño, y lo conducen con la ley del respeto y del amor hasta que llega á ser hombre, y lo acostumbran á no considerar la voluntad propia como árbitro supremo y exclusivo.

La Santa Iglesia Católica, convencida, carísimos hermanos, de que por una parte se necesita consolidar la organización de la familia, para precaver los desastres que nos amenazan por las ideas disociadoras é inmorales que tanto van propagándose; y de que por otra parte conviene juntar á las doctrinas teóricas las prácticas lecciones del ejemplo; ha pensado, y con razón, que es el caso de invitar de un modo general y solemne á todas las familias para que estudien sus deberes "*en el cuadro de una familia establecida por Dios mismo,*" dice Su Santidad León XIII, (1) *en que todos los hombres puedan mirar el modelo de la sociedad doméstica y de toda virtud y santidad. Así es, en efecto, porque tienen en José los padres de familia un insigne dechado de vigilancia y providencia paternal; tienen las madres en la Santísima Virgen Madre de Dios el acabado modelo de amor, humildad, modestia y de perfecta fidelidad; y los hijos de familia hallan así mismo en Jesús que estaba sujeto á sus padres, un ejemplar divino de obediencia que se propone á su admiración, respeto é imitación.* (2) El Romano Pontífice desea que tan admirables modelos estén siempre á la vista de todos y presidan, por decirlo así, todas las familias cristianas para lo cual sabiamente ha erigido y mandado erigir una Asocia-

(1) Letras apostólicas de 14 de Junio de 1892.

(2) *Idid.* (2).

ción de la Sagrada Familia, la cual tiene por objeto “*unir las familias cristianas, ó más bien, consagrarlas totalmente á la Sagrada Familia con estrechísimo vínculo de amor, á fin de que Jesús, María y José protejan y amparen como cosa propia á las familias que se les consagran.*” (1) Por lo que á Nós toca, después de decretar, como ya lo hemos hecho según la voluntad del Pontífice Supremo, el establecimiento de la mencionada Asociación en todas las parroquias de nuestra Arquidiócesis, hemos querido aprovechar la oportunidad de dirigiros la palabra con motivo de la Santa Cuaresma, para hablaros más largamente sobre la familia cristiana, y excitaros á que todos, alistándoos en la Asociación de la Sagrada Familia, procuréis sacar fruto espiritual de las gracias é indulgencias concedidas, y os comprometáis más y más á seguir de cerca las huellas de Jesús, María y José, miembros de la Santa Familia de Nazareth.

Vosotros, Venerables Párrocos y cooperadores nuéstrs, esperamos que pondréis especial empeño en el establecimiento y desarrollo de la Asociación de que venimos hablando. No ignoráis ciertamente que las Congregaciones piadosas son siempre medio muy útil de santificación de las almas y de reforma de las costumbres. Por lo mismo debéis trabajar siempre en el sentido de extender y conservar asociaciones en vuestras respectivas Parroquias. De seguro comprenderéis vosotros la importancia de esta nueva Congregación, y será para vosotros motivo de no pequeño consuelo el ver que las familias de vuestras Parroquias consagradas á la Sagrada Familia viven á ejemplo suyo, en presencia de Dios, santificando la vida común y conservando en el corazón, como precioso tesoro, las divinas enseñanzas.

Aprovechaos todos, finalmente, carísimos hermanos, del santo tiempo de Cuaresma para poneros en

(1) Letras apostólicas de 14 de Junio de 1892.

paz con Dios, acercándoos á los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, llorando vuestros pasados extravíos, y ofreciendo al Señor un corazón contrito y humillado, y una voluntad firme y decidida de amarlo y de servirlo en la tierra, para conseguir luego la gracia de la final perseverancia y la dicha eterna en el cielo.

Haciendo uso de las facultades que nos ha concedido el Sumo Pontífice, y en virtud de nuestra autoridad, disponemos lo que sigue :

1.º Permitimos el uso de la carne en los días de ayuno, en la Cuaresma, Témporas y Vigilias del año, con excepción de los siguientes : Miércoles de Ceniza, todos los Viernes de Cuaresma, Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado Santos, Vigilias de Pentecostés, de San Pedro y San Pablo, de la Asunción de la Santísima Virgen y de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo ;

2.º Para gozar de esta concesión están obligados los padres ó jefes de familia y personas pudientes á dar una limosna, según sus facultades, á favor de la respectiva fábrica de la Iglesia. Los pobres, los jornaleros y los hijos de familia, darán una limosna, ó de no hacerlo, rezarán treinta y tres veces el Padre Nuestro en el año de la concesión, según la intención del Romano Pontífice ;

3.º Los señores Curas colectarán las limosnas en una arquilla colocada en la iglesia, y las entregarán al Mayordomo de fábrica, para que sean invertidas en bien de la Iglesia, previos los requisitos del caso ;

4.º Los militares en servicio activo quedan dispensados de la abstinencia y del ayuno, pero no podrán promiscuar ;

5.º Los privilegios de los indígenas subsisten en su vigor ;

6.º Ordenamos á los Párrocos y Rectores de TODAS LAS IGLESIAS de la ciudad y de la Arquidiócesis,

que hagan *anualmente* las colectas que están indicadas en EL ORDO de nuestra Arquidiócesis para el presente año, á saber: 1.º Para el DINERO DE SAN PEDRO en los *Domingos de Pentecostés y primero de Adviento*; 2.º Para los SANTOS LUGARES DE JERUSALÉN, el *Viernes Santo*; 3.º Para la RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA METROPOLITANA, el día 9 de Julio; 4.º Para el LAZARETO DE AGUA DE DIOS, el día 6 de Agosto, y 5.º Para la REDENCIÓN DE LOS ESCLAVOS DE AFRICA, el día 6 de Enero;

7.º El producto de CADA COLECTA será remitido sin demora á la Secretaría del Arzobispado;

8.º La presente carta pastoral será leída en todas las Iglesias de la Arquidiócesis, en un día festivo, al tiempo de la misa.

Dada por Nós, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro Secretario en Bogotá, á doce de Enero de mil ochocientos noventa y tres.



✦ BERNARDO,
ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

SALUSTIANO GÓMEZ RIAÑO,
Secretario.

